ELMIRA

Ó LA AMERICANA.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS.

VALENCIA:
IMPRENTA DE DOMINGO Y MOMPIÉ.
1820.

ACTORES.

Europeos.
- Álvaro Guzman, *padre de*
- Tello Guzman, *amante de*

Indios.
- Elmira, *hija de*
- Mozoco, *cacique indio.*
- Macoyá, *indio, prometido esposo de Elmira.*
- Itopalin, *confidente de Macoya.*
- Delta, *confidenta de Elmira.*

Vargas, *capitan español.*

Indios y soldados españoles.

La escena se representa en la ciudad de Lima.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Campiña dilatada y frondosa con varios cocos, palmas, y otros frutales silvestres esparcidos en lo mas retirado del foro. Itopalin y varios indios colocados indistintamente, y en la aptitud que muestran su abatimiento y desesperacion. Mozoco se presenta al abrir la escena y los contempla un instante antes de hablar.

Mozoc. He aquí el hombre: indomable y orgulloso
en la prosperidad, el mas ligero
golpe del infortunio le anonada.
Amigos ¡qué afliccion, qué dolor nuevo
abate vuestras almas? ¿Qué temores
Rinden vuestro valor? ¿El duro ceño
de la desgracia aterraría acaso
al indio fuerte? No: los europeos
no tal flaqueza de nosotros cuenten;
vencidos, no cobardes nos mostremos.
Itopalin. Ay Mozoco! No son sus fieras diestras
las que el altivo espíritu rindieron
del peruano intrépido y sufrido:
Fuímos vencidos, sí, mas nuestro esfuerzo
del arte de vencer no se ha olvidado
y en otro sol los vencedores nuestro
besarian el pie del indio rudo,

cuyo valor desprecian altaneros.
Mas no place á los dioses que así sea.
Desrojadas sus aras, este suelo
por siempre abandonaron, ya la saña
y la codicia por jamás se dieron.
Lleváronse la paz y la alegría,
y en guerra, en llanto y en tristeza envueltos,
el ay de muerte y servidumbre solo
vendrá á llenar este vacío inmenso.
En medio de la suerte que sufrimos,
nos halagó tal vez algun momento
la esperanza que en ti depositamos.
Mas ella huyó tambien: al grave peso
del mal, cedió la resistencia tuya;
y su violencia, prepararte vemos
á recibir el ominoso yugo
que debieras huir á todo riesgo.
Débil ó seducido por sus artes
el mando cambias en servil respeto;
y cuando darles tú la ley pudieras,
obedeces la ley que dictan ellos.
¿Tus ídolos, tu patria, tus vasallos,
tu trono, y aun tu gloria, al Europeo
vendes, por una paz tan vergonzosa;
y extrañas ver en nuestra frente el sello
del rubor y dolor? Pues tú nos faltas,
pues tú con tan injusto abatimiento
á sufrir el oprobio nos enseñas,
déjanos hoy que nuestro mal llorémos.
Mozoco. No mi valor, Itopalin, injuries,
equivocando alucinado y ciego
la flaqueza y temor con la prudencia.

El fuerte Dios que rige el universo,
á cuya voz el mar frena sus iras,
el término falló de nuestro imperio,
y nuestro imperio terminó. No creas
que llegó á sosprenderme este suceso,
porque en el órden que notaba en todo
prevía esta mudanza desde léjos;
y temiéndola siempre me enseñaba
á dar la ley y obedecerla al tiempo.
Cierto de que es inevitable el daño,
¿á qué hacerle mayor con el empeño
de una desesperada resistencia?
¿Qué sirviera oponer al europeo
ese valle cubierto de soldados,
sin mas defensa que sus duros pechos,
sin otras armas que sus pobres flechas,
y sin otro saber que su ardimiento?
De llenar de horfandad estos paises;
de regar con la sangre de los nuestros
esos frondosos valles y campiñas,
y de irritar al vencedor soberbio
en daño de sus hijos y mugeres.
No, amigos mios: el caudillo cuerdo
si de sus armas huye la victoria,
deja la sombra del laurel funesto,
y grangear la del olivo trata
para salvar sus vidas y derechos.
Itopalin. Y acaso dí, ¿será salvar las vidas
el vivir en infame cautiverio?
No: no, jamas; Mozoco no lo esperes,
muertos amigos, pero nunca siervos.
Mozoco. Y dónde está la servidumbre?

Itopalin. Dónde?
en nuestra confianza: en el exceso
de su codicia; en la flaqueza nuestra.

Mozoco. No lo temais: Alvar Guzman es bueno,
os ama á todos cual si fuerais hijos,
y la felicidad en este suelo
por mí y por él renacerá algun dia.

Itopalin. Nada podeis: á cargo está el gobierno
de su hijo; es feroz, es orgulloso,
es inhumano.....

Mozoco. Mas el jóven Tello
reverencia á su padre, y obediente
calma á su voz su impetuoso genio.

Itopalin. El anciano Guzman está en el borde
de su sepulcro ya; morirá presto,
y entonces cual torrente detenido
por fuertes diques, correrá sin freno
á donde sus pasiones le conduzcan.

Mozoco. Nada temais, amigos: ese riesgo
está previsto ya: Mozoco os ama
mas que pensais; y á vuestro bien atento
su gloria y la ventura de su hija
corre á sacrificar por el bien vuestro.

Itopalin. Los Guzmanes se acercan.

Mozoco. Pues conmigo
retírate á ese bosque, y esperémos
que el padre quede solo.

Itopalin. Ya te sigo.

ESCENA II.

Alvaro y Tello que llegan: Mozòco é Itopalin que se retiran al interior.

Alvaro. Sí Tello, á tus servicios y mis ruegos
cedió el monarca al fin, y á tu cordura
y tu valor confia aquestos pueblos.
No su esperanza y mi esperanza burles
malogrando en un dia, poco cuerdo,
el rico fruto de fatigas tantas.
Tello. Yo conquisté, señor, aqueste reyno
dirigido por vos: regirle aguardo
si me guiaseis vos con el consejo.
Alvaro. Sí, hijo mio, á tu lado mientras viva
mi experiencia tendrás; conozco el riesgo
en que estás de abusar con mengua tuya
de aquesa autoridad. Si algun momento
obra por ti tu juventud fogosa,
yo cuidaré templarla con el hielo
que mis años pasaron á mi sangre.
Sin embargo, la muerte, amado Tello,
pudiera fácilmente sosprenderme,
y llegar de mis dias el postrero
antes que el arte de mandar adquieras;
Prevengámonos, pues, y graba al menos
allá en tu corazon estos avisos:
oye, y procura aprovecharte de ellos.
Dos los extremos son en que peligra
cualquiera autoridad: el de severo,
y el de débil; procura pues huirlos.

Si una ley das, medítala primero;
mas dada ya, sostenla con firmeza
en honor de tu Rey y de tu empleo,
que el que tu ley desprecia impunemente
á despreciarte tiene ya derecho.
Jamás al oro ó al capricho vendas
tu rectitud, que el juez que por cohecho
solo una vez á sus deberes falta,
á faltar otras mil le obliga el miedo.
Igual con todos la justicia sea:
y ya que el pobre se ve ser obgeto
de la insolencia y altivéz del rico,
halle en ti su defensa por lo menos.
No te muestres tan rígido que puedan
odiarte por cruel: procura diestro
ser amado, mas nunca ser temido;
que el que temen no vive con sosiego
hasta perder á quien temores causa;
y procura lograrlo á cualquier precio.
Sé humano, sé cortés, y si deseas
el vicio corregir, da tú el egemplo.

Tello. Mil y mas de mil veces, padre mio,
repasaré tus sabios documentos
porque jamás de mi memoria salgan.

Alvaro. ¿Y no será mejor que estén impresos
en el alma? Sí, Tello, nada sirven
en la memoria tuya mis consejos
si no están en la práctica.

Tello. Mi norte
serán siempre, señor.

Alvaro. Así lo espero,
y porque recomiende tu conducta

un hecho generoso, manda luego
poner en libertad á cuantos indios
lloran la esclavitud. Corta sus hierros,
y bendigan hoy libres tu justicia,
si esclavos tu injusticia maldijeron.
Tello. Libres, señor? ¿Olvidareis acaso
el evidente riesgo en que ponemos
este país apénas conquistado
de unos hombres audaces y violentos,
sin fe, sin gratitud, y sin principios
de generosidad? ¿Qué otros efectos
debemos esperar si quedan libres,
que los que su rencor y su despecho
les pueden sugerir? Los grandes triunfos
en todas las edades dependieron
de la ocasion, y si ésta malogramos,
otra mas ventajosa no esperémos.
La sorpresa venció su muchedumbre,
no nuestras fuerzas; su prestigio luego,
su pánico terror y su ignorancia,
sus miras sediciosas contuvieron:
y el castigo despues impuesto á algunos
obró en todos un útil escarmiento.
Aun no es tiempo, señor, de que nos amen;
teman: y su temor nos pague el feudo,
que el medio que una empresa facilita,
siempre se reputó por el mas cuerdo.
Alvaro. Detestable política, hijo mio,
que lloraron los mas que la siguieron.
Jamás anheles sumision forzada,
Porque hallando ocasion rompe su freno:
todo medio tiránico es odioso,

aunque se nos presente por remedio
de un incurable mal, y no es cordura
valerse del estrépito, pudiendo
lograr su curacion el lenitivo.
Parte, mi Tello, por principios justos,
que el Brazo Formidable en todos tiempos
en tu ayuda será: baste de sangre,
baste de estragos ya: no del derecho
de vencedor abuses, ultrajando
la dulce humanidad con mas excesos.
Libre ha nacido el hombre, libre sea.
No se diga jamás que el europeo
vino del norte á las indianas costas
á establecer el triste cautiverio.
A propagar la Religion Cristiana,
á sacar del error augustos pueblos,
y á labrar su razon hemos venido.
¿Y para conseguirlo nos valdrémos
de la opresion, del robo y la violencia?
¿Qué idea ventajosa les darémos
de nuestra Religion, si por ministros
de su paz, de su amor y su Evangelio,
enviamos el fuego y el cuchillo?
¿Cómo su corazon ganar querémos,
si en lugar de inspirarles confianza
inspiramos terror? Huyen al vernos,
abandonan sus chozas, y en los montes
maldicen con razon nuestros excesos:
hasta las inocentes criaturas
alzan sus tiernas manos á los cielos,
pidiéndoles venganza de nosotros.
¿Y dudarás acaso que su ruego

sea atendido? No: que el fuerte rayo
siempre en favor del inocente opreso
destruye al opresor, y acaso un dia..
O! no llegue jamás; desarma, Tello,
el brazo vengador, corre piadoso
y alivia su pesar, rompe sus hierros,
y no vuelva á escucharse en este clima
la voz de esclavitud, sea el momento
reparador de sus desgracias todas,
y cambiando sus ayes lastimeros
en cánticos de gozo: tus virtudes
cual yo bendigan sus festivos ecos.

Tello. Señor, no debo el ser á un fiero tigre
para desconocer los sentimientos
de humanidad y compasion. Soy hombre,
y sensible nací; ni mi ardimiento,
ni el cruel egercicio de las armas,
conseguirán que olvide lo que debo
al hombre desgraciado y afligido.
Compadezco su mal, lloro con ellos;
Mas ya que á la razon el culto mengua
su pertinaz error, valerme debo
de la amenaza, y aun del golpe mismo.

Alvaro. ¿Y qué ley te concede este derecho?
¿Soy reo acaso yo porque no preste
mi oido á la verdad? ¿Porque no quiero
ceder á tu opinion? ¿Porque me ofreces
un beneficio y yo le menosprecio?
¿Hallas otro delito en estos indios?
¿Qué temes que orgullosos y soberbios
pretendan sacudir su triste yugo?
¿Y porque temas tú son reos ellos?

Y en fin, en el momento que deseas
celebrar con Elmira tu himeneo,
en el momento que su tierno padre
estrecha con tan dulce parentesco
la sincera amistad que nos profesa,
teñida en sangre de su mismo pueblo,
¿te atreverás á presentar tu mano
á la que solicitas con extremo?
No mas, corre, preséntate á los ojos
de esos indios cual ángel de consuelo,
no cual ministro de dolor y muerte:
hazte amar, y en su amor descansa luego.

Tello. Vos lo quereis, señor, y á vuestro gusto
mi voluntad y mi opinion someto.
Sean en libertad: amigos mios

A los indios.

no mas dolor, cambiad el triste ceño
en ayre de placer y confianza.
Respirad: y jamás en este suelo
ay de pesar ni de opresion se escuche.
Himnos de libertad y de contento
resuenen solo; y para siempre el indio
y el español en vínculos estrechos
de paz y de amistad unidos queden.

Los indios mirándose pasan de su primera situacion de tristeza á la de contento inesperado, y agradecimiento hácia Tello.

Sí, miserables: sí, llegad al seno
de vuestro protector, del dulce padre
de vuestros hijos: del esposo tierno

de sus madres; amadme cual yo os amo,
y se verán cumplidos mis deseos. *Los abraza.*

Alvaro. Bendiga el Cielo tu obediencia, hijo,
y plázcale guiar por el sendero
de la virtud tus juveniles pasos:
siendo en todo delicia de estos pueblos.

Tello. Venid, y en nombre mio y de mi padre,
llevad á cuantos gimen hoy opresos
la paz y libertad: corred, salvadlos. *Vanse.*

ESCENA III.

Mozoco y Alvar Guzman.

Alvaro. Llega, Mozoco, llega, y del exceso
de mi puro placer toma una parte.

Mozoco. De qué nace, Guzman?

Alvaro. Mi noble Tello
el general indulto ha decretado;
y consolando al afligido pueblo,
va á quebrantar con mano generosa
esa cadena vil con que el rebelde
de la sagaz política afligía
tanto millar de ciudadanos buenos.

Mozoco. Será posible? *Arrebatado de placer.*

Alvaro. Sí.

Mozoco. Dios de consuelo,
Dios de paz, que mis votos escuchaste,
y al fin rompiste sus pesados hierros:
haz que conozcan tu poder y gloria,
y admiren y bendigan tus portentos.

Alvaro. Sí hará, que de paises tan lejanos

solo con ese fin pudo traernos
su benéfica mano. Pero dime,
Qué es de Elmira? ¿Corona mis deseos
y los tuyos? Mi alma tranquiliza.

Mozoco. No cabia, Guzman, en su respeto
y el amor que me tiene, que á mi gusto
dejára desairado por mas tiempo.
Oyó mi voz, y á la coyunda ofrece
sumisa mas que amante, el dócil cuello.
No lo extrañes: sus lauros ha manchado
con sangre nuestra el victorioso Tello,
y en la memoria y corazon de Elmira
dura aun el fatal resentimiento
de aquella crueldad: pero yo aguardo
que la razon de estado y mis consejos
le sabrán disipar, y que en terneza
vendrá á cambiar su irreprensible ceño.
Todo se debe á tu virtud, amigo,
no á vuestras armas: nuestro puro afecto
con ella grangeaste, y por tu gusto
Elmira y yo, gozosos morirémos.
Por ti los dioses nuestros abjuramos,
por ti dejamos sin pesar el reyno,
y hasta el hogar dichoso en que nacimos
si á ti te place abandonar sabrémos.

Alvaro. Para acabar mis dias venturosos
en pura paz y gozo sempiterno,
solo me resta ver en dulce lazo
unida Elmira á mi querido Tello.
Sí, Dios omnipotente, pues quisiste
hacerme de tus glorias instrumento,
y que al través de mares borrascosos

condujera tu luz á este emisferio:
oye mi ardiente súplica, y bendice
esta primicia de mi amor paterno. *Vase.*

ESCENA IV.

Mozoco y Elmira que llega.

Elmira. Piedad, señor! con lágrimas de fuego
os la llego á pedir. Si amais la vida
de Elmira, revocad vuestro decreto.
Mozoco. Qué dices?
Elmira. Perdonad: el alma mia
no puede amar al pérfido europeo
que me quitó un esposo que adoraba.
Yo, padre, me esforzaba á complaceros:
bien lo sabe este Dios que me habeis dicho,
que penetra mis íntimos secretos;
yo queria á mi tálamo admitirle,
yo le queria amar, os lo confieso:
mas la cruel memoria noche y dia
representa á mis ojos soñolentos,
ese europeo tigre, transpasando
con mil heridas de Macoya el pecho.
Ahora... en este instante... en este sitio...
al infeliz en su agonía veo
morder la tierra que empapó su sangre...
Sí, sí, miradle... vedle despidiendo *delira.*
el ay rabioso de terrible muerte.
Oidle: » Padre! Elmira! Justo Cielo!
rencor sin fin y maldicion á todos:
vengadme, dice, y moriré contento."

Mozoco. Calma, hija mia, tu feroz transporte:
y no con ese cuadro tan funesto,
que tu razon enferma ha bosquejado,
aflijas mas los corazones nuestros.
La suerte de Macoya mas felice
será tal vez, Elmira, que creemos:
pues el dia fatal de la batalla
desapareció con los vencidos restos
de las tropas que el mismo acaudillaba,
y debemos creer que en otro suelo
salvaron todos sus preciosas vidas.
En fin, sea Macoya vivo ó muerto,
libre dejó tu mano y tu alvedrío,
y á tu salud, la mia y de tu pueblo
debes sacrificarlo: considera
que Tello es vencedor, que te ama Tello,
y á Tello por esposa te he ofrecido.
Elmira. Mas Tello, padre, nos usurpa el reyno;
y de viudéz, y de horfandad y llanto
cubrió mi patria.
Mozoco. Paz vino á traernos:
si nosotros la guerra preferimos,
y la guerra produjo esos efectos,
no suya, nuestra solo fue la culpa.
¿Por qué tú, Elmira, has de mirarle reo?
Elmira. Porque lo es á mis ojos, padre mio:
Sin él, yo te veria en trono regio
dando leyes á todos tus vasallos;
sin él, jamás de lagrimas cubiertos
mis ojos fueran: y sin él, mis dias
de gozo á un tiempo y de inocencia llenos,
con vos y con Macoya se pasaran.

El en mi corazon será el funesto
orígen de mis penas y desgracias,
del odio mio y mi desden objeto.
Mozoco. ¿Así pagas, ingrata, la fineza
con que ese jóven toleró tu ceño?
Así compensas la constancia suya?
¿Es este, dime, el señalado premio
debido al hombre que mandarte puede,
y usa contigo del humilde ruego?
debido al hombre que su esposa te hace,
pudiéndote humillar al duro extremo
de su esclava? No, Elmira, tal fiereza,
no tal ingratitud quepa en tu pecho:
él merece tu amor: por ti tan solo,
por ti y tu padre corre este momento
á dar la libertad a los cuitados
que gemian en duro cautiverio.
por ti y por mí juró solemnemente
paz y pura amistad á nuestro pueblo:
por ti y por mí la vida ha concedido
á cuantos alevosos y soberbios
Contra la suya misma conspiraron.
Qué mas finezas quieres de este Tello?...
¿Y sacrificarás á tu delirio
su bien, el tuyo, y de tu padre tierno?
¿Querrá tu obstinacion que en odio y saña
cambien tan generosos sentimientos?
En fin, unirte á él has prometido
ante este mismo Dios, á quien has hecho
árbitro de tu suerte; lo juraste
á tu padre tambien; y si al respeto
faltaras de tu Dios y de tu padre,

ay de Elmira!

Elmira. Señor! *Arrojándose á sus pies.*

Mozoco. Cuánto me duelo *Aparte.*
de su llanto y pesar!

Elmira. Cuál es mi suerte?

Mozoco. Levanta y no me enojes.

Elmira. Ah! primero *Besándole la mano.*
deje yo de existir. Pero decidme:
¿dónde está aquella paz y bien inmenso
que á mi agitado espíritu ofreciais
si abjuraba mis ídolos cruentos?
¿Qué es de la clara luz que mis potencias
habian de cobrar en el momento
que al Dios de los Guzmanes conociera?
Ya, señor, le conozco y reverencio:
sus aras baño con el llanto mio;
sus benéficas leyes obedezco:
le invoco, sí, y en mi favor le llamo:
mas en mi misma ceguedad me encuentro:
y mi razon y mis potencias todas
Sufren igual desórden que sufrieron.
La agitacion, la angustia, los temores,
la desesperacion, el odio fiero,
todo, todo me aflige, y aun la vida,
la vida misma con horror tolero.
No veo mas que odiosa tiranía,
violencia, engaño, iniquidad, exceso,
codicia, seduccion, bajeza, orgullo,
crimen, crimen!... no mas.

Mozoco. ¡Dios en quien creo,
Dios en quien cree mi adorada Elmira,
socorre su razon!

Elmira. No de tu ceño,
de tu piedad, señor, digna soy sola.
Ah! no, no me abandones al exceso
de mi pasion: sostenme en mi flaqueza,
y fortaléceme con tu consejo.

Mozoco. Entrégate, hija mia, á un tierno padre,
que en ti se goza, y á tu bien atento,
en tu felicidad solo se ocupa.
Descanse en él tu corazon inquieto;
y si triunfar de esta pasion deseas,
piensa no mas en que es tu esposo Tello.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

La misma campiña que en el primer acto. Macoya, Itopalin y varios indios.

Macoya. O fortunado sol! cuán luminoso
á mi te ofreces en aqueste dia,
despues de tantos que en eterna noche
pasó mi esclavitud! Ya la ojeriza
de los dioses cesó: su oculta mano
limó los duros hierros que oprimian
nuestros robustos brazos. Pero dime:
qué es de Mozoco, amigo? qué es de Elmira?
viven? gimen tambien en servidumbre?

Itopalin. No, Macoya: la fiera tiranía
de nuestro Vencedor, ha respetado
al padre en la hermosura de la hija.

Libres son, mas privados de aquel trono
que el patrimonio fue de su familia
por una larga infinidad de soles,
siguen la ley que el Europeo dicta.

Macoya. Y lo sufrís vosotros? Oh! mal haya
mil veces tan infame cobardía!
¿Tanto terror os causa el enemigo?
¿Tan poco aliento al Peruano inspira
su amor á sus legítimos Señores?
¿Con tal flaqueza la cerviz altiva
ofrece al yugo que imponerle quieren?
Oh! nunca, nunca el Europeo diga
tan baja infamia del feroz Macoya!
Libre estoy ya del hierro que tenia
mi diestra en opresion. Libre la Patria
sea por mí tambien; y de este clima
donde pensó fijar su infame trono,
desterrada será la tiranía.

Itopalin. No ultrajes mi valor y el de estos Indios
que disfrazan su saña vengativa
con la aparente paz de su semblante:
valientes como tú, de la ignominia
jamás sufrimos el infame sello:
prudencia, no una baja cobardía
ha sido dilatar nuestra venganza,
que frustrada por poco detenida,
nuestra fatal ruina ocasionase.
El sagaz enemigo defendia
su usurpacion con armas ventajosas,
que las nuestras inútiles hacian.
Dentro de estas murallas que ha inventado
el miedo, y adoptó la cobardía,

dia y noche sus tropas acuartelan,
de trecho en trecho centinelas fijan,
y armadas duermen sobre el fuerte escudo.
¿ Cómo, pues, sorprenderlas ni rendirlas ?

Macoya. Muriendo, Itopalin : ninguna empresa
es antes de intentada, conseguida;
y las que mas obstáculos ofrecen
ceden tal vez mas presto á la osadía.
Mientras nuestra ignorancia al Europeo
creyó inmortal, ¿ acaso le temia ?
Mas hoy que ya sabemos que son hombres,
mengua será temer su valentía.
Y en fin, entre sufrir sus duras leyes,
cubiertos de rubor y de mancilla,
ó morir defendiendo nuestra gloria,
vuestro valor ó vuestro miedo elija.

Itopalin. ¡Ninguno tan cobarde, que prefiera
á una gloriosa muerte, infame vida!

Macoya. Mi espíritu llenasteis de consuelo,
y de vigor el ánima caida.

Itopalin. Resuelve, y mándanos.

Macoya. Sí, mis amigos:
sin patria nos hallamos este dia,
sin Dios, sin libertad, y sin derechos:
dejados á la bárbara codicia
de esa gente feróz nuestros hogares:
en los bosques y grutas mas sombrias
como indómitas fieras habitamos,
y aun en ellas acaso nuestras vidas
poco seguras estarán mañana.
Nuestros hijos, mugeres y familias
en miseria y dolor sumidas vemos,

temiendo siempre que su saña impía
en la clase de esclavos miserables
quiera pasarnos á remotos climas.
Ah! no esperemos tan cruel momento:
antes que crezca mas su tiranía,
arranquemos sus débiles raices,
y no demos lugar á que extendidas,
hagan despues inútil nuestro esfuerzo,
y tarde ya lloremos nuestra ruina.

Itopalin. Ordena pues, y cuenta con nosotros.

Macoya. En tanto que yo logro ver á Elmira,
y con sagacidad y diligencia
me informo de las fuerzas enemigas,
tú parte á reunir en este bosque
cuantas huestes hallares esparcidas
en esas selvas, montes y cabernas:
arma su brazo y su flaqueza anima.

Itopalin. Descansa en mi valor.

Macoya. En la tardanza
el riesgo suele estar; partid aprisa.

Van á partir.

ESCENA II.

Dichos y Álvaro.

Álvaro. Esperad: con vosotros, mis amigos,
vengo á congratularme en este dia
de paz y de placer. ¿No sois, decidme,
los que en amarga esclavitud gemiais?

Macoya. Si, en una injusta esclavitud gemimos;
injustos hierros, sí, nos oprimian,

é injustos fueron nuestros opresores.

Alvaro. Mas ya libres estais; y su injusticia
al cielo solo toca castigarla,
á nosotros llorarla y sufrirla.

Macoya. Así lo harán las débiles mugeres.

Alvaro. Y el prudente guerrero deberia
hacerlo así tambien, porque no siempre
es lo mejor lo que el valor nos dicta.
¿De qué, dime, sirviera que vosotros
armarais vuestras diestras ofendidas
contra vuestro opresor? Tansolamente
de empeorar los males que os afligen,
y acaso, acaso hacerlos incurables.

Macoya. Nuestro designio oyó.

Aparte á Itopalin.

Alvaro. Los que afligian
ayer vuestra existencia, ya acabaron;
y otros mayores que el temor os pinta
no llegarán jamás, si la franqueza
y la amistad nuestras acciones guia.

Macoya. ¿Quién eres, noble anciano, que así tratas
de evitar nuestro daño?

Alvaro. Quien aspira
á vuestro solo bien.

Macoya. Siendo Europeo?

Alvaro. Sí, que mi Dios y religion me inspiran
amar hasta mis propios enemigos,
prestarles un consuelo en sus desdichas,
y guiarles al bien con mi consejo.

Macoya. Tu Dios?... Tu religion?

Alvaro De qué te admiras?

Macoya. Y es este mismo Dios el de los tuyos?

Alvaro. El mismo, sí.
Macoya. Pues cómo tanto dista
lo que ellos hacen de lo que les manda?
¿Hay robo, hay crueidad, hay tiranía,
y en fin, hay un exceso de los muchos
que dicta el odio y manda la codicia,
que no hayan cometido impunemente?
Luego es otro su Dios: ó su doctrina
es otra en ti que la que siguen ellos.
Alvaro. Uno es el Dios de todos, y una misma
es su doctrina, amigos; mas no todos
guardan la ley que para todos dicta.
Sujeto el hombre á sus pasiones duras,
desconoce á su Dios, la ley olvida,
y al crímen y al horror llevarse deja,
como los Européos que acriminas.
Mas tú no debes confundir con ellos
á los que consolaron sus desdichas:
Ama á los malos, por premiar los buenos.
Macoya. Tienes tú una virtud tan peregrina?...
Alvaro. Solo puedo decir, que por los tuyos
en todo trance perderé la vida,
por pagar la que debo á un jóven indio.
Ah! cuál fue su virtud!
Macoya. Será mi dicha?...
Es Alvaro tu nombre? no me engañes.
Alvaro. Sí: mas por qué saberlo solicitas?
Macoya. Cuándo y cómo la vida le debiste?
Alvaro. En medio de un combate, por desdicha
perdí mi espada á tiempo que los mios
derrotados, en fuga se ponian.
Llega á mí un indio, y cuando yo esperaba

que diese fin á mis gloriosos dias,
vive, me dice, vive, pues depende
de mí solo que mueras ó que vivas.
Vuelve á tu campo libre, y á los tuyos
dirás, que no nos es desconocida
la generosidad como ellos creen,
y que jamás se ceban nuestras iras
en la sangre de un hombre desarmado.
Absorto de escuchar su gallardía,
Alvaro soy, le respondí, y entonces...

Macoya. Padre!...

Alvaro. Qué dices?...

Macoya. Padre!...

Alvaro. Qué? serias
acaso el jóven que buscaba ansioso?

Macoya. Hijo tú me llamastes aquel dia,
Y cual hijo te amé.

Alvaro. Dios en quien creo!
pues este gozo á mi vejéz destinas,
ya no quiero otro bien.

Macoya. Ah, Padre mio!
Si por ventura tus virtudes mismas
brilláran en aquesos Europeos,
cuán fácil hallarian la conquista
de este pais, y aun de las almas nuestras!
Sí; libertad, amor, riquezas, vidas,
nada, nada os negáran estos Indios,
á quienes sobra lo que no codician.

Con rencor.

Mas son viles, traidores, sanguinarios!...
Perdóname si tuve la osadía
de hablar así: mi corazon los odia

con la misma razon que á ti te estima.

Con rabia.

Y al contemplar la suerte de Mozoco....
mi corazon en lágrimas de ira...

Se calma.

sale á los ojos !.. Ay ! nada te espante;

Con ternura llorando.

es bueno como tú, y adoro á Elmira.

Alvaro. Llora, que en esas lágrimas ostentas
la grandeza de un alma compasiva.
Los fieros, los ingratos nunca lloran;
porque entregados solo á su desdicha,
jamás de las agenas se adolecen,
erigidos en duros egoistas.
Mas no llores la suerte de Mozoco:
felice pasa sus gozosos dias
en perdurable paz, eterna calma;
Elmira y yo formamos sus delicias.
Ya el indio llama al europeo, hermano:
un mismo Dios á todos nos inspira,
un mismo techo nos abriga á todos;
y lejos de este suelo la impropicia
y asoladora guerra, con su manto
la benéfica paz cubre este clima.
Sí, hijo mio, cumplió mis tiernos votos
el Dios de la verdad, y en este dia,
porque nada faltase á mi deseo,
te trajo á ti, para colmar mis dichas. *Vase.*

ESCENA III.

Dichos, menos Alvaro.

Macoya. Dioses! ¿qué anciano es este, cuyo aspecto
al paso que me llena de delicias,
miedo ó respeto á mi valor infunde?
Sí, amigo: ¿por ventura creerias
que su virtud calmase en un instante
mi encendido furor? ¡O peregrina,
ó admirable virtud! No hay una fiera
que á tu agradable imperio se resista.
Yo que ha un momento que beber ansiaba
con hidrópica sed la sangre impía
de esos sañudos monstruos; que agitado
de las atroces furias, me reía
en la contemplacion de los tormentos
que preparaba á sus infames vidas;
ya su virtud y su bondad sensible
en fria calma convirtió mis iras.
Itopalin. Alvaro se hizo amar por sus virtudes;
pero temer acaso deberias,
que bajo de esta dulce mansedumbre
esconda las ideas fementidas
de esclavitud y muerte.
Macoya. No lo temas:
la mas acrisolada hipocresía
no basta á disfrazar por mucho tiempo
la insolente maldad. En él se mira
un ayre de candor. En fin, amigos,
no por anticipar un solo dia

su destruccion, á la venganza nuestra
procedamos tal vez con injusticia.
Sepamos su conducta: penetremos
si dable fuese, sus ocultas miras;
y si dobléz en su amistad hallamos,
entonces vengaremos su perfidia.
Entre tanto velad sobre vosotros.
Y tú, sin que despiertes la milicia
de nuestros enemigos, solamente
de reunir nuestros parciales cuida.
Itopalin. Mozoco llega.
Macoya. Pues partid vosotros.

ESCENA IV.

Macoya y Mozoco.

Macoya. Cuánto placer le causará mi vista!
Mozoco!... *Corre á él precipitado.*
Mozoco. Dioses!... Eres tú Macoya?...
Sorprendido retrocede.
Macoya. Sí, fiel amigo; de la tumba fria
mano invisible con piedad me arranca,
y á ti me vuelve á unir. Ah! qué de acíbar
me hizo beber mi rigurosa suerte
desde el fatal y lastimoso dia
que de mi tierna Elmira me arrancaron!
Dia de crueldad y de perfidia,
dia de horror, de llanto y amargura,
dia el mas negro de mis negros dias!
En una estrecha y lóbrega caberna,
agoviado de hierros y fatigas,

sufriendo escarnios y arrostrando injurias,
he pasado hasta hoy una continua,
una horrorosa muerte, contemplando
á mi mejor amigo y á su hija
en fiera servidumbre! pero dime:
cuál es hoy vuestra suerte? Sufre Elmira?
Yáce en esclavitud? Saca á Macoya
de tal incertidumbre. ¿ Necesitas
De mi valor? aun vivo; y esta diestra
millares de guerreros acaudilla,
que la ley del tirano desconocen.

Mozoco. Ah Cacique infeliz! la muerte misma
de ti va huyendo, y tú en su busca corres;
en vano tu furor te precipita,
y en vano tratas de evitar los males
que sucedieron ya: la suerte mia
y la de Elmira, on las que marcadas
la sabia Providencia nos tenia.
Cumplidas son, y entrambos resignado..
vivimos sin pesar y sin envidia.

Macoya. O, yo feliz, que os hallo tan felices!
Vamos á verla, amigo: con su vista
mi gozo colma, y mi temor aquieta.

Mozoco. Ya no es tiempo, Macoya, de que Elmira
vea tus ojos, ni tu voz escuche.

Macoya. No es tiempo?... Como!...

Mozoco. En vano el hombre aspira
A borrar el destino que le cabe.
El tuyo quiso conservar tu vida,
y no bastaron los mayores riesgos
á contrastar lo que falló algun dia.
El suyo vuestro enlace ha reprobado,

y por sendas á ti desconocidas,
de tu lecho por siempre la separa.
Macoya. Qué dices? Ah! tan barbara perfidia
cabria en su candor ?...
Mozoco. No la acrimines:
Ella te fue leal. Lloró afligida
por mucho tiempo tu supuesta muerte,
y aun ilusa adoró tu sombra misma;
pero despues,...
Macoya. Acaba, di: corona
con una sola, todas mis desdichas.
Tiene otro esposo?
Mozoco. Aun no; mas por desgracia
con mi gusto se ve comprometida.
Macoya. Y tú pudiste ?...
Mozoco. Te creimos muerto,
y en nada mi promesa te ofendia.
Macoya. Mas ya que vivo estoy, y ante los Dioses
me fue por ti su mano prometida,
tu segunda promesa nada vale.
Mozoco. ¿ Qué importa, si me fuerzan á cumplirla
la razon y el poder ?
Macoya. No tales nombres
des á la conveniencia y tiranía.
Mozoco. Siempre fue justa ley para el vencido
la voluntad del vencedor. Si estimas
á tu Patria, á tu amigo, y á tu amada:
no la ventura de los tres impidas
inútilmente. Cede á tu destino.
Macoya. ¿ Yo ceder á ese barbaro la dicha
que otorgada me fue por tantos años,
y que por tantos titulos es mia ?

No : jamás : en el alma de Macoya
no cabe tal bajeza. Siempre digna
de sí y los hombres, olvidar pensaba
las ofensas que lloro, recibidas
por amor á un anciano virtuoso;
mas hoy que nueva injuria resucita
mi apagado rencor, todo respeto
ceda al placer de la venganza mia.

Mozoco. Qué no ves el poder de tu enemigo?

Macoya. Dónde está ese poder que tanto admiras?
En la imaginacion de los cobardes,
que da cuerpo á su propia fantasía.
Consiste tu poder en esas armas,
cuyo fugiz estrépito algun dia
mas que su estrago, intimidarme pudo?...
¿ Está en las fieras que ellos domestican
para huir mas veloces? ¿ En el arte
de engañar á las huestes enemigas,
y en ostentar que son invulnerables
cubriéndose de láminas lucidas
de hierro duro ó de bruñido acero?
Ese poder, Mozoco, no intimida
A quien sabe que el modo de vencerles
Es el menospreciar su valentía.

Mozoco. Cuán en vano devoras tus entrañas
con ese fuego que el rencor te inspira!
Peleas contra el Cielo, y ese Cielo
tus fuerzas y valor inutiliza.

Macoya. Te engañas, si, te engañas, que no puede
el Cielo proteger las injusticias.
Yo trato castigar á los perversos,
que traidos aquí por su codicia,

despues que todo el oro nos quitaron,
la asolacion, la muerte y la ignominia
impunemente como feudo imponen,
y con la fuerza el crímen autorizan.
Oro piden, y solamente el oro
su compasion y su piedad excitan.
¡O, quién pudiera desvenar la tierra,
y despues de agotar sus ricas minas,
arrojar á la Europa ese vil oro,
que nuestros infortunios origina!
Al menos viviríamos tranquilos,
sin recelar que la feroz envidia
viniera á nuestros míseros hogares
A turbar nuestra paz y nuestra dicha.
Mas no importa. ya el término ha llegado
de su injusta y odiosa tiranía.

Con fuego.

Almas débiles! almas despreciables!
Sí, temblad; la venganza y la injusticia
armaron ya sus formidables diestras,
y á vuestro fin y destruccion conspiran.
Y tú, pérfido jóven, que me apartas
c bardemente de la amada mia,
para triunfar de la constancia suya,
tiembla tambien; pues antes que de Elmira
goces la mano que robarme quieres,
lleno de aquestos zelos que me inspiras,
Arrancaré su imágen de tu pecho...
si es que en tu aleve pecho está esculpida.

Mozoco. Ellos, Macoya, tu razon ofuscan:
ellos á ver sus crímenes te obligan,
y te hacen olvidar sus beneficios.

Macoya. Tal pronuncias, Mozoco? ¿Tú autorizas
de esos feroces hombres las maldades?
Ah! ya conozco la desgracia mia!
Sus seductoras voces pervirtieron
tu corazon y el de mi tierna Elmira.
Si vuestro honor, la patria, nuestros dioses,
vuestro interés, y todo cuanto habia
mas sagrado olvidasteis, qué me espanto
de que olvideis vuestra promesa misma?
Mozoco. Mi honor, mi patria y mi interés, Macoya,
la conducta que ves de mí exigian:
ciego cual tú, por dioses adoraba
A unos abortos de la fantasía,
sin poder, sin verdad y sin influjo.
Mas estos europeos que acriminas
apartaron la benda de mis ojos;
en las puras verdades me iluminan,
y á mi razon demuestran la existencia
de un solo Dios, que todo lo domina.
Este solo conozco y reverencio,
este es mi Dios, y este es el Dios de Elmira.
Macoya. ¿Y él te manda faltar á tu promesa?
Mozoco. Sí.
Macoya. Si esas son las leyes que le guian,
¿qué deberé esperar del europeo,
sino excesos, torpezas é injusticias?
¿qué he de esperar de Elmira y de su padre?
Engaños, artificios y perfidias.
No, pues no sea tanta mi bajeza
que llegue á mendigar en este dia
Su compasion, jamas: mi amor... mis zelos...
Mi desesperacion.... las furias mismas...

Ah ! teme , teme mi cruel venganza,
si á ser perjura precisaste á Elmira.

ESCENA V.

Dichos é Itopalin.

Itopalin. Nuestro gobernador en este instante
por ti pregunta , y á llamarte envie.
Mozoco. Templa , Macoya , ese feroz transporte,
que el riesgo tuyo conocer te priva;
cede á la voluntad de tu destino:
y pues tan hecha está tu valentía
á triunfar de tus fieros enemigos,
triunfa de ti , si á eternizarte aspiras. *Vase.*
Itopalin. ¿Qué espera ya tu formidable brazo
cuando llega al extremo tu desdicha ?
Macoya. Cómo !...
Itopalin. Con el tirano á desposarse
Elmira va.
Macoya. Qué dices? tan impía !...
y tan cobarde !... y otro será !... nadie,
si yo la pierdo , ha de gozar á Elmira.

ACTO TERCERO.

Gabinete de la casa de Elmira.

ESCENA I.

Elmira y Tello.

Tello. Ya el venturoso y anhelado instante,
que deberá fijar nuestros destinos,
en alas del amor llega á nosotros.
Las galas y preciosos atavíos,
que por fineza á tu beldad consagro;
la pompa, el fausto, el esplendor debido
á tan feliz y augusto desposorio,
está dispuesto ya: y el pueblo indio
con impaciencia y gozo nos espera
en el átrio del templo reunido.
Solo tu corazon, hermosa Elmira,
poco dispuesto á nuestro enlace miro,
tibia á mi halago, fiera á mis obsequios,
y dura á mi dolor y mi martirio;
lo que en mi dicha pronunció tu labio,
desmiente tu desden y tu desvío.
Cubierta siempre de fatal tristeza,
huyes de los honestos regocijos
con que mi amor á distraerte aspira,
y de tiernos y lánguidos suspiros
á henchir el ayre con frecuencia corres
á las selvas y montes mas sombríos.

¿Qué dice este sistema tan opuesto
A tu lozana edad, y á tu festivo
y adorable carácter? ¿Por desgracia
te es hoy odioso el rendimiento mio?
¿Por desgracia tributas al respeto
el amargo y horrible sacrificio
de un *sí* fatal que pronunció la fuerza;
ò en Teilo ve tu hueco desvarío
Tu feroz opresor, y no tu amante?
Hablame sin temor, que el artificio
es indigno de una alma generosa.
Y aunque mi vanidad deba sentirlo,
aprecio mas un triste desengaño,
que tolerar mas tiempo tu desvío.
Elmira. Educada, señor, en este suelo,
en donde la ficcion no tuvo abrigo,
desconozco el infame disimulo.
Sé callar, mas mentir nunca he sabido.
Y pues quereis que os hable con franqueza,
el no usarla con vos fuera delito.
Yo amé, señor, desde mis tiernos años
á un jóven héroe, a quien mi padre mismo
hacer mi esposo prometió mil veces;
bajo de un techo amandonos crecimos,
y nuestro amor crecia con nosotros.
Ya veiamos llegar con regocijo
el momento feliz que tanto ansiamos,
cuando venisteis vos, y á vuestro arribo
desparecieron las venturas nuestras.
Desde este dia de dolor, os miro
como opresor injusto de mi pueblo,
como implacable y barbaro enemigo

de mi felicidad y de la suya,
y como usurpador del trono mio.
¿Con cuál amor queriais que os amase?
¿Con qué placer mi corazon altivo
debia recibir vuestras finezas?
Bien lo conocereis: vuestro cariño,
vuestra constancia y fino rendimiento,
fueron despues cambiando el odio mio
en gratitud y aprecio solamente,
no en amor, pues amaros no he podido:
es muy pronto, señor, para que baste
á borrar de mi pecho endurecido
la agradable impresion que hizo en mi alma
el tierno afecto que nació conmigo.
Por amor á mi patria y á mi padre,
no por mi voluntad, he consentido
en este enlace; iré obediente al ara,
y ante ese Dios que mira mi conflicto
sin aliviarle ni compadecerle,
mi fe os entregaré, no mi alvedrío.
Tello. Pésame este desaire, bella Elmira,
que al fin sensible soy, te adoro fino,
y no hay uno tan noble y generoso
á quien no dé pesar el recibirlo;
jamás me ofenderé de tu franqueza,
pero sí me daré por ofendido
de que no la tuvieras cuando pude
renunciar á tu mano y tu cariño
sin mengua mia ni desdoro tuyo.
Ganar tu corazon he pretendido,
no forzarle. Tu amante ser queria,
no tu opresor, que el fiero despotismo

no dilata su imperio a nuestras almas.
Bien ves que está mi honor comprometido,
y que descansa en la promesa tuya:
que este íntimo pueblo, muy sumiso
à nueva ley, con alegría espera
que sea nuestro vínculo propicio
el iris de su paz; que el hecho solo
de disolverlo, y aun de diferirlo,
me daria un lugar muy desairado,
en daño de mi fama y mis designios:
y en fin, que no es á Tello este desaire,
sino á la dignidad en que me miro,
y que por ella tolerar no debo
lo que por mí sufriera mi cariño;
mas no seré tan poco generoso...

ESCENA II.

Dichos, y Mozoco.

Mozoco. Todo, señor, se mira prevenido
para vuestro himeneo; ya en el templo
arde el fuego nupcial, y sus ministros
para tan digna ceremonia esperan
de sus sagradas galas revestidos.
La tropa el átrio ocupa, y la nobleza
mostrando en sus preciosos atavíos
el interés que en este enlace tiene,
en este patio aguarda, con designio
de acompañar a los esposos.
Tello. Parto
á dar á todos del aprecio mio

la mas sincera prueba : tú , Mozoco,
irás á prevenir á los ministros,
que vuelvan á apagar el sacro fuego
que tu infiel amistad deja encendido.
Mozoco. Qué decís ?
Tello. Que ofendisteis en el alma
á vuestro protector y á vuestro amigo:
y que solo el amor que tengo á Elmira
me obligará á olvidar vuestro delito.
¿ Merecia mi noble confianza
que cauteloso vos para conmigo
me callarais la fe que vuestra hija
á otro jóven habia prometido
con vuestra aprobacion ? ¿ Así quebranta
el hombre honrado la promesa que hizo ?
¿Con tan poco pudor el rostro vuelve
al sagrado deber que ha contraido ?
Verificado ya nuestro himeneo,
¿qué le diriais al amante fino
de Elmira, si su mano reclamara
con el derecho imprescindible y digno
que en la promesa de los dos conserva ?
¿ Y qué os diria yo, si poseidos
de su infeliz pasion estos amantes
osáran injuriar el honor mio ?
¿ Quién fuera el criminal? ¿ en quién, Mozoco
caer debiera entonces el castigo?
En vos, que sin respeto á la inocencia,
de una supuesta autoridad valido,
del corazon de Elmira dispusisteis:
en vos, que me pusisteis en peligro
de que el pueblo creyese esta violencia

efecto del poder en que me miro,
siendo vos el tirano solamente:
en vos, en fin, que habiais concurrido
á mi agravio y su crímen con falacia.
¿Tan poco generosa habeis creido
la nobleza de Tello, que temiais
provocarle su fuerza y poderío
porque vuestra promesa le digeseis?
¿Por hombre tan soez le habeis tenido,
que la franqueza vuestra castigára
solo por oponerse á sus designios?
Basta: no quiero haceros otros cargos
con que podia acaso confundiros.
Elmira, yo renuncio desde ahora
á tu mano y tu fe: quien ha sabido
merecerlas, complázcase en gozarlas;
que no puede caber en mis principios,
sacrificar tu amor y tu ventura
á solo el interés del amor mio.
Sufra yo tu desaire; pero nunca
de mí refieran los futuros siglos,
que la culpa de un padre poco franco
en tu inocencia y tu candor castigo. *Vase.*

ESCENA III.

Dichos, menos Tello.

Elmira. Cuánto su enojo temo!
Mozoco. Dime, dime:
Con aire amenazador.
¿por tu desgracia habrias cometido

tú misma la imprudencia de contarle
ese funesto amor ?

Elmira. Si es un delito
no engañar á quien iba á ser mi esposo,
yo soy rea, señor, dadme un castigo.

Se arrodilla.

Mozoco. ¿Aun tienes la altivéz de confesarlo?

Elmira. Si: tengo la virtud de no mentiros.
Perdonadme, señor; mi entendimiento
en un caos se mira confundido.
¿No decís que ese Dios que reconozco
detesta la maldad? ¿No me habeis dicho
que es Dios de la verdad y la justicia?
¿No me habeis inspirado los principios
de franqueza y candor? Pues cómo ahora
de su observancia me acusais vos mismo?
¿No seria maldad el persuadirle
que yo le tengo amor, si le abomino?
¿No seria mentirle, el ocultarle
que habiais á Macoya prometido
mi mano, que yo le amo tiernamente,
y que él solo es señor de mi alvedrío,
cuando de mí tal confesion exige?
Ay padre! que segun observo y miro
en los labios están, y no en el alma,
esos preceptos de la ley que sigo.

Mozoco. No es lo mismo ocultar prudentemente
la verdad, que el mentir: cuando hay peligro
en decirla, no es crímen el callarla.

Elmira. Pero Señor, si me pregunta él mismo...

Mozoco. Dijérasle, que amaste, que el objetó
de tu pasion habia fenecido

en un fatal encuentro, y sin mentirle
con él cumplias, con tu ley, conmigo,
y con tu corazon: ¿qué fruto esperas
de aquesta indiscrecion? ¿En qué peligro
no dejas á tu padre y á tu patria,
si Tello desairado y vengativo
satisfacerse de la injuria quiere?

Elmira. No le temais, Señor: en Tello he visto
un corazon muy noble y generoso.

Mozoco. Pero es amante, y mírase ofendido;
es tu señor, y vese despreciado:
es hombre al fin, y acaso conducido
por el fiero dolor de su amor propio,
hará ver con el tuyo y mi castigo,
que nadie le desaira impunemente.
Y cuando no mediara ese peligro,
¿cómo puedes, ingrata, persuadirte
que cómplice tambien en tu delirio,
faltára á mi promesa y tu promesa?
Acabemos, Elmira: tu honor mismo,
el mio, y la ventura de tu pueblo,
exigen hoy el duro sacrificio
de tu primer amor: las conveniencias,
la autoridad paterna y tu destino,
fallan que des al vencedor tu mano:
en tanto pues que yo prudente cuido
de disipar su queja, tú prevente
á obedecer, ó tiembla al furor mio. *Vase.*

ESCENA IV.

Elmira sola.

Elmira. Elmira desgraciada! qué esperanza
resta ya á tu infortunio? ¿Cuál alivio
pueden tener tus males? qué te sirve
oponer al orgullo y despotismo
tu fe, tu amor, y la constancia tuya?
Nada: lo veo: en el supremo juicio
del interés, son arrollados siempre
los derechos humanos y divinos.
En vano tu razon y tu inocencia
clamaré: su clamor no será oido,
y hasta el ara funesta de himeneo
arrastrará la fuerza mi alvedrío.
Nada importa que Tello generoso
me deje en libertad, si empedernido
mi padre quiere que solloce esclava.
Oh! nunca el europeo advenedizo
Arribára á estas costas! Nunca, nunca
sus leyes conociéramos! sumiso
al paternal amor, Mozoco entonces
de Elmira adoleciera los martirios,
y su felicidad antepusiera
á un respeto tan vil. ¡O padre mio!
¡Cuando en los falsos ídolos creiais,
erais tierno, sensible y compasivo;
mas esa religion pura y suave,
fiero, cruel, y aun insensible os hizo!
Dios de justicia! Dios del europeo!

hijos de mi dolor son mis delirios:
perdónalos; y si eres como creo
Padre del inocente y oprimido,
fija tus ojos en la triste Elmira,
y duélete una vez de su conflicto.

ESCENA V.

Elmira, Delta, y despues Macoya.

Delta. Señora, un jóven indio, cuyos ojos
de dolor y despecho dan indicios,
hablarte quiere.
Elmira. Di que llegue, amiga,
que si buscando viene algun alivio,
acaso podré dársele á sus males,
ya que no basto á consolar los mios.
¡O tú feliz mil veces, mi Macoya,
que en el lecho de paz que yo te envidio,
eterno sueño dormirás sin penas!
Y mísera de mí, que entre martirios
debo pasar la vida que me resta!
Delta. Ya llega, vedle.
Volviendo con Macoya.
Elmira. Cielos!...
Retrocede dando un triste grito.
Macoya. No, bien mio,
huyas de mí, porque infeliz me creas.
Elmira. Su voz... su rostro... soñaré... deliro?
No: Macoya, Macoya es el que veo.
Macoya. Qué vacilas? Macoya soy: aun vivo,
para salvar, Elmira, tu inocencia

de una injusta opresion.
Elmira. Ah! cuál peligro
nos rodea. Si viene.... cuida, amigo,
no nos sorprendan: corre. *Vase Delta.*
Macoya. Mi destino
la vida me guardó para vengarte.
Elmira. Inútil esperanza!
Macoya. Cómo? dilo.
Elmira Me engañaron!...
Macoya. Acaba.
Elmira. Cuántos soles
por tu muerte lloré! Viles! impíos!
Macoya. Si de tu tierno pecho no arrancaron
el inocente amor que me has tenido:
si es que tu corazon no pervirtieron,
y tus promesas distes al olvido:
si aun es Macoya el delicioso objeto
de todas tus potencias y sentidos;
yo les perdono los amargos lloros
que por su causa Elmira y yo vertimos.
Elmira. ¡O momento el mas fiero de mi vida!
Nunca llegaras, nunca! Si perdidos
los que en placer inmenso disfrutamos
no habian de volver; ¿por qué del frio
y espantoso sepulcro en que por siempre
te creía, á mis ojos doloridos
tornastes, ó Macoya? ¿A qué la dicha,
á qué el gozo indecible que respiro
de verte aun, para despues perderte?
Macoya. Para perderme?
Elmira. Si: nuestro destino
con dura mano rompe el fuerte lazo

que desde la niñéz nos tuvo unidos:
él quiere que Macoya separado
De Elmira viva, y que en dolor sumidos
sufran los dos un padecer eterno.
Macoya. ¿Por desgracia, cruel, ese enemigo
habrá triunfado ya de tu constancia?
¿Por desgracia robóme tu cariño,
tu fe, tu mano, y mi vivir? Responde:
te uniste á él? serán los males mios
sin esperanza ya? Suspiras? lloras?...
Fijas en mí tus ojos doloridos?
Dioses sañudos, implacables dioses,
que os gozais y reís de mi martirio,
¿á qué guardais mi aborrecible vida,
si matasteis mi am r? Lanzad impíos,
lanzad el rayo y destruid mi esencia.
No quiero ver cubierta de un delito
tan torpe á la que amé: no quiero verla
infiel, perjura. No, no daré oidos
A Elmira, que quiere satisfacerle con la accion muda.
á tu engañoso razonar: sellaste
tu perversion con él: diste al olvido
tu promesa, tu amor, tus juramentos,
y cuanto habia para ti mas digno
y de mayor valor: no importa, fiera,
yo arrancaré feroz y vengativo
del hondo pecho en que grabarla supe
tu imagen, y con ella mi cariño:
arrancaré tu nombre femenido,
y aun la memoria de que amarte supe
y que me vi de ti correspondido.

Elmira. Ay! Duélete de mí: no soy perjura,
ni quebranté mi fe: de mi alvedrío
eres señor, y lo serás por siempre:
podrá la tiranía dividirnos,
podrá forzar mi voluntad acaso,
y arrebatar un sí del labio mio;
mas ¡ay del infeliz que de él abuse,
sujetándome á un lazo que abomino!
Macoya. Cómo! será verdad? libre te hallas?
Elmira. Aun no conozco esposo.
Macoya. Mi afligido
corazon explayaste: nada temo.
Elmira. Debes temer: en este instante mismo
arde tal vez el sacrosanto fuego
que nos va á separar.
Macoya. ¿Pues qué vacilo,
que no corro á apagarle con la sangre
de nuestros opresores?
Elmira. Tu peligro...
Macoya. Cuando voy á perder el bien que adoro,
¿quieres que tema mi valor altivo?
Elmira. Macoya, que te pierdo, si te pierdes.
Macoya. Calma tu agitacion; veinte mil indios
conmigo son para salvar á Elmira,
y todos prontos á morir conmigo,
ó á acabar de una vez con sus tiranos.
Elmira. Ah! no, tente: respétalos.
Macoya. Qué he oido?
Tú los defiendes? Tú mi rabia enfrenas?
Elmira. Sí, porque ellos no son tus enemigos,
no son mis opresores. Generoso
tu rival, renunció con heroismo

su derecho legítimo á mi mano,
para no ver forzado mi alvedrío.
Pero mi padre...

Macoya. Si: tu padre injusto
quiere llevar al fiero sacrificio
tu inocencia, faltando á su palabra;
mas no será, padecerá el castigo
debido á su bajeza.

Elmira. Ah! no: es mi padre.

Macoya. Elmira es mia, y me la roba impío:
yo sabré respetar en él tu sangre;
pero sabré tambien con brazo altivo
derrocar ese altar que á mi desgracia
su mano levantó; sabré atrevido
arrebatar la víctima inocente,
y exterminar el rudo señorío
del poder arbitrario para siempre.
Sí, tiranos, temblad: ya ha fenecido
vuestro imperio, y el trono respetable
de la justicia establecerá camino. *Vase.*

Elmira. Macoya!... Cielos! á la muerte corre,
de su amor y sus zelos conducido!
Misera Elmira, á socorrerle vuela,
ó á fallecer con él en el peligro.

ACTO CUARTO.

Atrio espacioso de un templo con su fachada al frente y puerta usual en ella. Soldados españoles sobre las armas hácia al rededor.

ESCENA I.

Itopalin y Macoya.

Itopalin. He allí el Templo católico.
Macoya. O, amigo!
¿Y en el mismo sagrado Santuario
donde á su Dios adoran, en él quieren
los europeos que de Elmira el labio
sea á mi amor perjuro? Ante las aras
de este Dios justiciero y sacrosanto,
de ese Dios de verdad que ellos adoran
¿querrán que sea para siempre hollado
el firme juramento con que Elmira
ser mia ante los Cielos ha jurado?
¿Y allí la fe del hombre y sus promesas
burladas han de ser con vil escarnio:
y pospuestas su paz y su ventura
á un falso honor, á la razon de estado?
Itopalin. Y bien, cuando la tuya y la de Elmira
van á serlo tambien, ¿á qué tus pasos
á este lugar diriges? Por desgracia
¿querrás ver su dolor y su quebranto?
¿querrás oir sus penetrantes ayes?

¿querrás autorizar el torpe lazo
que de ti para siempre la separa?

Macoya. No: jamás.

Itopalin. ¿Pues qué dice este descanso
en que yace tu espíritu?

Macoya. Qué dice?
La salvacion del mundo americano:
el exterminio de la tiranía:
la redencion de los derechos santos
de los hombres, por ella deprimidos.
Mi ira, mi amor, mis zelos, mis agravios,
y cuanto hay mas terrible en las pasiones
de los mortales, dice ese descanso.
Del fiero Tigre es la aparente calma
mas de temer, que del Leon airado
el rugido espantoso. Mientras este
amenaza y previene á su contrario,
aquel sorprende, embiste y despedaza.
Duerman en mi descuido esos malvados;
y perezcan despues en mi cautela,
pues á ser cautelosos me enseñaron.

Itopalin. Ya el rumor nos avisa que á este sitio
se acercan los esposos.

Macoya. Llegó el plazo
a mi venganza: parte, amigo, vuela,
que este es aquel momento deseado
tantas veces por mí. Sus pocas fuerzas
destinadas se van á dar mas fausto
y mayor dignidad á este himeneo,
agenas hoy de recelar su estrago.
Ataca pues con mis guerreras huestes
la indefensa ciudad por ambos lados,

y entra por todas partes esparciendo
la muerte y el terror. Sientan el rayo
primero que el relámpago vislumbren:
y los nupciales himnos reemplazados
por la cancion de muerte en triste luto
conviertan el magnífico aparato.
Lavad con sangre la vergüenza nuestra,
vengad con sangre mi sufrido agravio,
y con sangre apagad la ardiente rabia
de mis horribles zelos. Despiadados
herid, matad: no perdoneis mas vidas
que las de Alvar Guzman y la del falso
y perjuro Mozoco. Tributemos
este precioso y último agasajo
al amor y amistad: ya llegan: vete.

Itopalin. Y tú, Macoya?...

Macoya. Vuela, que mi brazo
á mas gloriosa accion aquí se queda.

Itopalin. Mas dime...

Macoya. En tu tardanza está mi daño.

Itopalin. Te dejo á mi pesar. *Vase.*

Macoya. ¡Eternos dioses!
si odiais la iniquidad, si vuestro amparo
prestais á la inocencia desvalida,
si la venganza amais cual yo la amo,
oid mis votos, sostened mi esfuerzo,
y para confundir á los malvados
que vuestras mismas aras destruyeron,
dad á mi diestra el formidable rayo. *Vase.*

ESCENA II.

Salen tropas de doncellas españolas é indias damas de Elmira. Alvaro Guzman, Mozoco, Tello y Elmira con guirnaldas de mirto y jazmin en la cabeza, la guardia del Gobernador cierra la comitiva.

Alvaro. Ya amadas prendas del ansiado instante
voy á gozar: el venturoso lazo,
que va á unir á mi Tello con Elmira
coronará los dias fortunados
que yo he vivido y que vivir me restan:
y cuando aquel gran Dios, de cuya mano
recibi tan inmensos beneficios
quisiere con la muerte terminarlos;
descenderé pacífico al sepulcro
sin pesar, porque amé á mis semejantes
y en sus desgracias les presté mi amparo:
sin deseo, hijos mios, porque todos
quedan con vuestra union verificados;
y sin cuidados porque en paz tranquilo
dejo ya aqueste imperio, gobernado
por la prudencia y el valor de Tello.
Resta no mas que con seguro paso
por el sendero que os abrí yo propio
busqueis el bien supremo que yo alcanzo
y dejaros no puedo por herencia.
A ti, mi Tello, como padre encargo
que ames á Elmira con aquel extremo
debido á su beldad, á sus encantos,

á sus virtudes, á su ilustre cuna,
y á la amistad que al padre profesamos.

Tello. Quien supo aborrecido, padre mio,
por complacerla renunciar su mano:
¿qué no hará cuando amado se contemple?
Sí, Elmira, yo muriera resignado
léjos de ti sufriendo tus rigores,
y aun te veria agena sin que el labio
te acusara de ingrata, si la fuerza
y no el amor formara aqueste lazo.
Mas, pues estando libre el sí me diste,
y con tu juramento le has sellado,
no perjura me seas, porque Tello
sufrirá tu desden, mas no su agravio.
Soy altivo, y acaso me enojara
si pagaras mi amor con un engaño:
soy zeloso, y con zelos desatento:
y en fin soy con mi honor tan delicado,
que si manchado por mi mal se viese!...
Qué es verlo? si llegara á imaginarlo!...
Mas Elmira detesta el artificio,
juróme amor, y yo en su amor descanso.

Mozoco. Sí, Tello, descansad: que yo conozco
su candor y virtud. El desagrado
que alguna vez dijeron sus palabras,
es hijo del país y del atraso
de nuestra educacion, pero no daña
su corazon. El corpulento ucayo,
cubierto de una rústica corteza
guarda un tronco precioso y delicado
para el que de ella despojarle sabe
sin herirle grosero ó poco cauto.

Apartad diestramente la corteza
que hasta ahõra, Señor, os ha ocultado
el dócil fondo de mi amada Elmira:
en él podrá grabar vuestro cuidado
todas aquellas máximas que deben
hacer mas venturoso vuestro lazo.

Elmira. ¡O indecible pesar! ¿y que yo misma
Aparte.
he de apoyar tan horroroso engaño?
¿Yo he de llévar al pie de los altares
una perfidia tal? ¿no temo el rayo
de ese Dios que amenaza á los perjuros?..

Tello. Mas Señor, en un dia consagrado
todo al placer y á la ventura nuestra:
¿por qué en su aspecto angélico reparo
esa sombría tez? Al atrio mismo,
á los humbrales de este Templo santo
donde su eterno amor viene á jurarme,
¿deberá acompañarla el desagrado,
la esquivéz, y aun la fria indiferencia?
Perdona, Elmira, si quejarme trato;
perdona si un momento desconfío
de tu sinceridad. Mi amor acaso
te presenta á mis ojos este dia
muy menos fina y con mayor quebranto
del que debí esperar. O, yo felice!
si mi deseo padeció este engaño?
Por desgracia, ¿atormenta tu memoria
la memoria del hombre afortunado
que tu primer amor ha merecido?
¿Arde la llama que en tus tiernos años
logró encender en tu sensible pecho?

¿Te resta aun la esperanza de gozarlo?
No te agites, no dudes, no baciles:
responde.

Elmira. Buen Dios! en cuál estado
se vé mi corazon!

Tello. ¿Qué te detiene?

Mozoco. Vuestra desconfianza es un agravio
para Elmira, señor. Hace un instante
que vos oisteis de su propio labio
la ingenua confesion de su cariño
y el puro gozo con que os da su mano.
Lo juró libremente, y no es posible
tratara de engañarme y de engañaros;
sabe bien que de ser esposa vuestra
depende la ventura del estado,
la suya, y el sosiego de su padre;
sabe que el juramento que ha prestado
ni aun deja la adicion de arrepentirse;
sabe lo que el honor en este caso
prescribe á las mugeres de su clase;
sabe en fin que es mi gusto, y me persuado
que á mi gusto jamás querrá oponerse.
Si, como receiais, un leve rastro
de aquel primer amor queda en su pecho,
tiene Elmira virtud para borrarlo;
sabiendo que no existe el digno jóven
á quien era otro tiempo consagrado:
y que aunque fuera vuelto del sepulcro
le apartaban por siempre de sus brazos
la nuestra Religion que ya profesa,
vuestro honor, su palabra y mi mandato.

Elmira. ¡O fiera tirania! *Aparte.*

Macoya. ¡Vil Mozo! *Al paño.*
cuánto los europeos degradaron
tu nobleza y candor! Teme mi furia
si un punto olvido lo que á Elmira amo.
Tello. Callas, Elmira?
Elmira. ¿Y qué podré deciros
que me pueda absolver de tales cargos?
¿Qué he de decir que baste á disculparme
de este fiero dolor que estoy pasando,
y que mis ojos ocultar no quieren?
O he de mentir, señor, ó he de enojaros;
y para huir del uno y otro riesgo,
siento mis penas, y mis penas callo.
Yo os ofrecí mi mano, y ya por fuerza
ó por mi gusto sea, no me es dado
dejarlo de cumplir aunque me pese.
Sé que ese honor de Europa es un tirano
del gusto, de la paz, y la ventura,
de quien el hombre es miserable esclavo.
Sé que falló que vuestra esposa sea,
y que apelar no puedo de su fallo.
Sé que tienes por crímen que á otro falte
que hizo mi corazon sin apremiarlo.
Sé que ese Dios de paz y de justicia,
que conocer me hicisteis, ha mandado
que yo perjura con Macoya sea
y no con vos: en fin sé por mi daño
que mi padre es señor de mi alvedrío,
y puede impunemente esclavizarlo.
Sierva, pues, de tan bárbaros preceptos,
qué he de decir, señor? que al templo vamos,
y allí con una vida que me resta,

cumpliré de una vez sin quebrantarlos
con Dios, con vos, conmigo y con mi padre,
y con el tierno amor que me han robado.

Macoya. O jóven virtuosa! ¡ó jóven digna *Aparte.*
del puro extremo con que yo te amo!

Mozoco. Solo tu sumision y tu obediencia
te eximen del furor que en mí ha excitado
tu insolente dircurso. Vamos, Tello,
á asegurar por medio de este lazo
nuestra alianza eterna, vuestro gusto,
el bien de Elmira y de este rico estado.

Alvaro. Sí, vamos, hijo, y de tu esposa aguarda
todo el amor que buscas: su recato,
su juicio, su virtud y su cordura
disiparán bien presto ese nublado
que amaga á tu quietud, y en dulce calma
pasareis vuestros dias fortunados.

Tello. Cedo á vuestro precepto, padre mio,
mas ¡ay del infeliz que ose turbarlos!

ESCENA III.

Con el coro se dirigen al templo: abren las puertas, y al entrar Elmira y Tello, sale Macoya con un puñal yendo á asesinar por la espalda á Tello, y Elmira lo impide.

Macoya. Así la romperán mis justos zelos.

Elmira. Tente, Macoya.

Macoya. Qué haces? pese al brazo
que mi dicha impidió.

Tello. Traidor! qué intentas?

Macoya. Vengar con una muerte mil agravios.
Tello. Ola! prendedle.
A la guardia, y le toma.
Elmira. Mísero!
Alvaro. Dios mio! Macoya, tú...
Macoya. Sí: yo despechado
quise beber la sangre de ese impío
que tantas penas á mi alma trajo:
y solo siento que su infame vida
viniese á defender la misma mano
que auxiliarme debió.
Tello. Tú eres Macoya?
tú mi odioso rival?
Macoya. Sí, sí, malvado;
yo soy el mismo á quien traidoramente,
y contra los derechos sacrosantos
de aquella inmunidad que nos juraste,
nos pusiste en prision, y como esclavos
con vergonzosos hierros oprimistes:
el mismo soy que á ti y á tus soldados
á pesar de esas armas tronadoras,
cien y cien veces os llenó de espanto.
El mismo soy, á quien injustamente
privaste de su trono hereditario,
y hoy deseas privar del solo alivio
que en Elmira tenian sus quebrantos.
Y en fin el mismo soy de quien tú tiemblas
aun viéndome oprimido y desarmado.
Tello. Así loco te atreves á insultarme?
Macoya. Sí, llega, véngate: pon en tu mano
la ley y la justicia de tu patria,
que es el poder. Sáciate en mí inhumano:

así pudiera yo saciarme, indigno,
en esa sangre que aborrezco tanto.
Tello. No pruebes, pues, mi cólera: no irrites
mi justicia con mas y mas agravios.
Macoya. Pérfido! tu justicia? ¿Por ventura
conoce el europeo sus sagrados
y adorables derechos? Ah! Macoya
respirara feliz, y los indianos
no gimieran tan fiera servidumbre
si así fuese. Despóticos tiranos,
y mas que todos tú, ¿qué cosa hicisteis
que pueda la justicia autorizaros?
¿Fué la justicia, di, quien á este suelo
os condujo de climas tan lejanos?
¿Os movió la justicia á conquistarle
y usurpar nuestros bienes, abusando
de nuestra sana fe? ¿Será justicia
naciendo libre yo, que tú de esclavo
me hagas sufrir el oprobioso hierro,
y á mi Elmira me robes inhumano?
¿Será justicia en fin, que tú me agravies
en mi honor, mi persona y mis estados?
Justicia!... Solamente en vuestro labio
la hallamos sin cesar, al paso mismo
que vuestras injusticias lamentamos.
Tello. Baste, que ya es infamia el sufrimiento.
Macoya. Sincérate, si puedes, de esos cargos,
y sino súfrelos, que esta es la pena
que hasta el sepulcro sigue á los tiranos.
Tello ¿Yo habia de abatirme á tal extremo?
satisfacerte á ti? . . .
Macoya. Pues di, malvado,

¿á quién satisfacer sino al que ofendes?
he aquí vuestra justicia. No has pensado
degradarte injuriándome, y bajeza
crees justificarte del agravio?
Nada importa: ya sé que entre vosotros
es el que puede menos, el culpado:
y el mas fuerte, ofensor y juez á un tiempo.
Mas no por siempre se verá acatado
el despotismo atroz: y ¡ay de ti, Tello,
si el Cielo rompe á esta opresion el lazo!...

Tello. Estéril amenaza!

Macoya. Por fortuna
vendrá el golpe tal vez tras de este amago.

Tello. Mira esos hierros, y tu orgullo abate.

Maco. Mira que aun hay quien pueda quebrantarlos.
Acaso...

ESCENA IV.

Dichos, y Vargas.

Vargas. Tello, vuela con tus tropas
á salvar la ciudad del fiero estrago
que entra haciendo un egército enemigo,
nuestro fatal descuido aprovechando.

Tello. Qué dices?

Vargas. Que á manera de un torrente
va por calles y plazas derramando
la muerte y el terror. Los viles indios
que habitan en la plaza, sublevados
se unen á su faccion, y de Macoya
el nombre suena por el ayre vago.

En confuso tropel el pueblo huye
cubierto de terror, y tus soldados
al peso de la enorme muchedumbre
se miran sucumbir.

Tello. Viles! corramos
á castigar tan alevoso insulto.
Vosotros, en prision asegurado
tened á este caudillo sedicioso,
mientras yo con su sangre satisfago
nuestro honor, nuestro rey y nuestra patria.
Seguidme: armad los formidables brazos.

ESCENA V.

Dichos, ménos Tello y Vargas que marchan con parte de la guardia.

Macoya. Mira cuán presto se cumplió mi voto.

Alvaro. No, Macoya, le irrites, que es honrado,
es jóven, es valiente, está ofendido,
y el supremo poder tiene en su mano.
Sufre tu suerte, que el alivio tuyo
tu amigo y padre tomará á su cargo.

Elmira. Sí: consolad mis penas en las suyas:
salvadle y viviré.

Alvaro. Cuidad entrambos
de ocultar ese fuego que os devora,
que causa puede ser á vuestro estrago,
y confiad en mí. Partid vosotras;
A Elmira y damas.
Mozoco ven, y en su favor corramos.

Mozoco. Tu despecho, Macoya, te ha perdido,

y en riesgo pone nuestra patria acaso;
despreciaste mi aviso, pero siempre
mi misma vida ofreceré en tu amparo. *Vanse.*

ESCENA VI.

Macoya.

Dioses! si no ha de ser Elmira mia,
si la he de ver en los odiosos brazos
de este rival cruel; oid mi ruego,
y sobre mí lanzad el fuerte rayo.

ACTO QUINTO.

Salon de palacio de Tello, con bufete y escribanía.

ESCENA I.

Elmira y Mozoco.

Elmira. Ah, señor! por piedad sacad á Elmira
de su atroz confusion. Calmad al menos
la incertidumbre en que se ve abismada.
Huyeron nuestros indios? venció Tello?
Alvaro es salvo? el horroso choque
de las armas calló? decid.
Mozoco. Huyeron
cubiertos de terror y de ignominia
los que salvarse del furor pudieron

de este jóven Guzman. ¡O, cuál estrago
hizo su diestra formidable en ellos!
Viérasle, Elmira, en el sangriento choque
como el veloz relámpago, rompiendo
por nube espesa de volantes flechas
llevar á todas partes su denuedo,
la muerte y el terror. Viérasle acaso
mas de una vez en evidente riesgo
de ceder á la fiera muchedumbre
que le oprimia con su enorme peso,
herir, matar, y cual leon rabioso
que está acosado de rabiosos perros
abrirse paso hasta salvar su vida,
de polvo y sangre y de sudor cubierto.
Viérasle en fin, en el siniestro brazo
mostrar afable al sublevado pueblo
la bandera de paz, y al paso mismo
vibrar el fuerte rayo con el diestro.
Venció, Elmira, del número y sorpresa,
y en hombros de sus ínclitos guerreros
coronado del lauro inarcesible,
fué conducido al suntuoso templo
á tributar al Dios de las batallas
su reconocimiento por troféo.
Elmira. Ay, Macoya infeliz! ¿Cuál esperanza
puede restarte ya? De tu despecho
y de tu amor al fin víctima triste,
coronarás del triunfador soberbio
la lisongera gloria con tu muerte:
sí, vengará sus infernales zelos
ese rival cruel; mas, tarde espera
romper el lazo que en mis años tiernos

hizo amor de mi alma, de la tuya,
que unidos al sepulcro bajarémos.

Mozoco. Qué dices, insensata?

Elmira. Que yo, padre,
sufriria tal vez por complaceros
el vivir separada de Macoya:
pero verle morir, señor, no puedo.
Si él por mi amor aventuró la vida,
yo por pagarle renunciarla debo.

Mozoco. Y qué, ¿para mostrar lo que te amaba
era forzoso que se hiciese reo?
¿Era forzoso malograr tu suerte
y aventurar tu honor con su despecho?
¿Si Macoya te amase como piensas,
sacrificado hubiera á tu sosiego
su bien estar? Mas, el incauto amaba
su propio gusto mas que tu provecho.
Y cuando así no fuese, ¿qué debia
esperar de atentado tan horrendo?
Aunque su vil designio consiguiera,
¿seria acaso de su Elmira dueño?
¿La uniria Mozoco á un alevoso?
á un asesino? á un vil? jamás: primero
bebería la sangre de su hija.
Yo le amé como padre todo el tiempo
que me le presentaron sus virtudes
como un héroe infeliz, como un guerrero;
mas hoy que su bajeza he presenciado,
del tiempo que le quise me averguënzo.

Elmira. Ay, padre! que su extremo por Elmira..

Mozoco Bien pudiera mostrárselo, muriendo
fiel á su amor y atento á su ventura.

Elmira. ¿Y qué amante, señor, se vió con zelos
que á todo riesgo no trató vengarlos?

Mozoco. Que no se admire pues, que quiera Tello
vengar los que Macoya le origina
con su justicia y con su amor cumpliendo.

Elmira. Ni vos os admireis que yo deteste
ahora y por siempre el matador soberbio
de mi amante infeliz. Jamás mi mano
recibirá la mano de ese fiero,
teñida con la sangre de los mios.
No, padre mio, moriré primero.

Mozoco. ¿Tal proferiste sin temblar mi enojo?
¿Tal pude oir sin que el postrer acento
te hiciera pronunciar en el sepulcro?
Vive Dios!...

Queriendo sacar la espada.

Elmira. Ah, padre! deteneos;

Arrojándose á sus pies le detiene.

calmad la ira, y por la vez postrera
sufrid que os reconvenga mi despecho.
Supongo que ese Dios de la justicia,
á cuyas leyes mi razon someto,
para forzar mi voluntad os diese
tan injusto y despótico derecho:
supongo que oponerme yo á este enlace
fuera una sinrazon, fuera un exceso
de voluntariedad ó inobediencia:
supongo en fin que mi aversion á Tello
mas que en razon, se funda en mi capricho:
si vos, señor, sabeis que se la tengo,
¿por qué habeis de forzarme á que yo viva
unida al hombre mismo que aborrezco?

¿Qué interés os obliga, ó qué os conduce
mi desgracia á labrar con tal empeño?
y en fin, ¿por qué en lugar de tierno padre
conmigo ser quereis verdugo fiero?
Vuestro precepto á mí me hace infelice,
mi inobediencia á vos segun entiendo
no os causa un mal: ¿cuál pues es mas delito,
decid, la inobediencia ó el precepto?
¿cuál es mas criminal, un ciego padre
que condena á vivir entre tormentos
al dócil hijo, que obediente busca;
ó el hijo que rehusa padecerlos?...
Esta es sola mi culpa: castigadla;
mas temed que la vuestra irrite al Cielo.

ESCENA II.

Dichos, y Alvaro.

Alvaro. Querida Elmira, el riesgo de Macoya
reclama de nosotros con imperio
el mayor sacrificio: su delito
le condena á morir, y ambos sois reos
á los ojos de Tello y aun del mundo;
tú, en la sospecha, y él en el exceso.
Conozco la grandeza de tu alma,
pero tu resistencia á este himeneo
y tu amor á Macoya te presentan
ya que no sea sabedora, al menos
de su resolucion desesperada.
Para justificarte con mi Tello
y salvar a tu amante, es necesario

renunciar á su amor: no hay otro medio.
Si tú conmigo franca me informases
de tu pasion en su debido tiempo,
mi autoridad, mi maña y mi prudencia
la hubiera protegido con empeño,
ahogando los designios de mi hijo:
mas ya su amor y fama está por medio,
está por medio tu palabra misma,
está la bendicion de todo el pueblo,
y en fin el atentado de Macoya,
que es quien malogra mas vuestros deseos.
Y pues hizo el destino inevitable
vuestra separacion, hija, salvemos
una vida preciosa para entrambos;
consérvese Macoya: mas el precio
sea de tu dolor y eterna angustia:
viva, y da á mi vejéz este consuelo.

Elmira. Sí, padre mio: el ansia de salvarle
dará á mi corazon todo el esfuerzo
que pida el sacrificio: paz, descanso,
felicidad, vivir, todo lo ofrezco
con tal que salvo del peligro sea;
qué debo hacer? hablad.

Alvaro. Mostrar á Tello
que eres digna de ser esposa suya
por tus recomendables sentimientos,
ya que no por tu amor; pide su vida,
que él te la otorgará si te ama tierno.

Mozoco. Si: da á Macoya esta postrera prueba
de tu virtud y de tu puro extremo.

Elmira. ¿No hay, señor, otro medio de salvarle?

Alvaro. No, Elmira, yo á lo menos no le veo.

Elmira. Viva Macoya, pues, y yo perezca
sumida de dolor y de despecho.
Alvaro. Ya llega: retiraos entre tanto
que en tu favor su corazon prevengo.

ESCENA III.

Alvaro, Tello, Vargas, y séquito de guardias.

Tello. Conduzcan al momento á mi presencia
al delincuente.
Vargas. Parto á obedeceros.
Tello. Y aprontese el suplicio donde debe
ser de traydores miserable egemplo.
Vase Vargas.
Alvaro. ¡Cuántas razones tengo, amado hijo,
de bendecir en tu conducta al Cielo!
¡Cuánto debo gozarme en tus acciones!
¡Y cuál en tu virtud rejuvenezco!
Todo por tu valor y por tu patria:
dejaste las delicias que himeneo
en el seno nupcial te preparaba,
por correr á salvar tu amado pueblo,
y en honor de tu rey y de tus armas
templado y generoso mas que fiero
ecos de bendicion, ecos de indulto,
dirigia tu voz á los protervos
cuando en tu espada su exterminio veías;
modesto en fin y religioso á un tiempo
de la dulce victoria te desprendes,
y al Templo vuelas con cristiano zelo
á tributar á Dios el digno triunfo

que debiste á su brazo mas que al nuestro.
No sin justicia mis delicias eres,
no sin razon de tu virtud espero
la pacificacion de estos países
y su dichoso porvenir. Sí, Tello,
y al lecho sepulcral, que ansiar debiera,
por no dejarte con pesar me acerco.

Tello. Vuestras huellas, señor, seguir procuro:
si hay algo bueno en mí, todo lo debo
á los sabios principios que grabasteis
en mi primera edad, y solo os ruego,
que si en algun instante me desvia
la juventud fogosa del sendero
del honor y la gloria, vuestra mano
me vuelva á él, mis pasos dirigiendo.

Alvaro. Sí, Tello mio, sí: que á mas de padre,
tu tierno amigo soy, y tu maestro
en el arte escabroso de la vida:
y á cargo mio están todos los yerros
que en su carrera á cometer llegares.
Para que evites el que ahora temo
de tu fogosidad, y del dominio
que tener pueden sobre ti los zelos,
te debo prevenir que si en justicia
quieres fallar sobre el pesado exceso
de Macoya, medites bien las causas
que para cometerle concurrieron,
ponte en su situacion y reflexiona,
si hicieras tú lo mismo que él ha hecho,
y si te juzgarías disculpado
á la faz de los hombres y del Cielo.

Tello. Si yo como él obrase, aprobaria

de la ley el rigor: el mas severo,
el mas atroz castigo no es bastante
á dejar tal agravio satisfecho.
Qué ofensa le hice yo? querer á Elmira?
¿solicitar su mano en el concepto
de que su voluntad estaba libre?
¿renunciarla despues en el momento
de saber que á él estaba prometida?
¿y subscribir despues á este himeneo
creyendo que Macoya no existiese?
Si de Mozoco el artificio horrendo
fingió su muerte; si cobarde Elmira
cedió del padre al gusto ó al precepto
dándome el sí de esposa, si mudable
dió al olvido su fe y amor primero:
¿por qué vengarse en mi tan bajamente
de las ofensas que le hicieron ellos?
Y cuando alguna queja de mí hubiese,
buscárame en el campo, y cuerpo á cuerpo
satisfacerla con honor tratara.
Pero buscarla por el torpe medio
de una baja y atroz alevosía,
tratar mi muerte en el umbral del templo
en el instante mismo que á los suyos
manda herir la ciudad á sangre y fuego.
No, padre mio, no: yo ultrajaria
con su perdon la autoridad que egerzo.

Alvaro Si ella injuriada fuese, Tello mio,
tu autoridad, en tu razon convengo:
mas si él á Tello asesinar queria
y no al gobernador, tan solo Tello
es aquí el ofendido y el quejoso.

¿cómo, pues, quedara mas satisfecho
y ayroso, castigando, ó perdonando?
¿Qué será, dí, mas digno de su pecho?
Qué le dará mas gloria? Finalmente,
¿qué le grangeará mayor aprecio
entre unas almas que á ganar aspira,
la piedad, ó el terror?

Tello. El escarmiento
me dice que el terror. Hace un instante
que á mi pesar y por consejo vuestro,
de ese mismo traidor y de los suyos
limó mi mano los pesados hierros:
¿y cuál fué la funesta consecuencia
de esta incauta piedad? Todos la vieron,
y mas de mil la lloran, y aun nosotros
á llorarla tambien fuimos expuestos!
á estas almas ingratas, padre mio,
terror y mas terror.

Alvaro. Te engañas, Tello:
él las hace mas fieras, con el odio
cruel que guardan siempre con aquellos
que con castigos aterrarlas tratan:
al paso que se adquieren un imperio
sobre ellos la piedad y la dulzura.
Pero pues tú desprecias mi consejo,
y á indultar á Macoya no te obliga,
oblíguete el saber que yo le debo
esta vida que gozo: ese Macoya
á quien preparan tus bastardos zelos,
no tu justicia, una afrentosa muerte,
el mismo es que en un fatal encuentro,
mas que tú generoso y compasivo,

de entre las manos de los indios fieros,
que á saciarse venian con mi sangre,
me arrebató y salvó. Su noble esfuerzo
y su piedad el padre te guardaron:
por él me gozo en ti, por él te veo,
y tú por él disfrutas mis caricias.
O! ¡nunca, nunca tan precioso obsequio
hiciera á mi vejez, muriera entonces
lleno de gloria, y sin la nota al menos
de horrible ingratitud! Mas no me engaño,
que este feo borron solo de Tello
en la historia será, su nombre solo
maldecirán los siglos venideros,
y á par de su memoria aborrecible
irá por siempre el justo menosprecio
que la virtud ofrece á los ingratos.
Sí: yo mi deuda pagaré muriendo,
ya que su vida libertar no pueda.
Ambos en un sepulcro posaremos,
y sobre el frio mármol que nos cubra
la providad escribirá á los tiempos:
Hombres de bien aquí por siempre viven:
la gratitud y el beneficio. Y Tello
lo leera, se afrentara, y sus letras
querrá borrar con lloro sempiterno.
En vano! ya Macoya habrá finido,
y tu padre tambien, y ya los buenos
habrán clamado: *Maldicion al hombre*
de ingratitud y crueldad. Y el Cielo:
Maldicion, maldicion, habrá clamado.

Tello. Qué pronunciais, señor?

Alvaro. Que te amo, Tello.

ESCENA IV.

Macoya con prisiones entre algunas guardias, Alvaro, Tello, y poco despues Mozoco y Elmira.

Tello. Llega, infeliz.
Macoya. Lo soy porque aun existes.
Alvaro. El es... cuál á su vista me estremezco!
Tello. Repara que es el juez de tu delito,
no Tello, con quien hablas.
Macoya. Siempre veo
un opresor en ti, siempre un tirano
y el único mortal que yo aborrezco.
Alvaro. ¡O, cuánto temo que sus ciegas iras
malogren hoy el fruto de mi ruego!
Tello. ¿Sabes que está en mi mano tu existencia?
¿Sabes que solo de mi voz el eco
á destruirla basta?
Macoya. Sé, cobarde,
que así blasonas porque estoy opreso:
sé que temblaras al mirarme libre,
y sé que diera esta existencia á precio
de no verte jamás.
Tello. Arrepentido
te busco, y no insolente.
Macoya. Yo no tengo
una accion de que deba arrepentirme;
ni soy tan débil que pudiera hacerlo.
Si tu muerte he buscado, la justicia
mi diestra armó. Mis dioses me trajeron

á vengar las injurias que me hiciste;
mi razon me inflamó, guió mi acero:
mas tu fortuna malogró mi triunfo,
que es el solo pesar que ahora tengo.
Alvaro. Hijo, Macoya, tus furores calma;
implora su piedad, yo te lo ruego.
Macoya. ¿Yo descender pudiera á tal bajeza?
¿Yo mendigar tan miserable aliento
que en nada estimo? porque nada vale
si es condenado a un padecer eterno.
Tello. ¿Veis ya su gratitud? ¿Veis lo que inspira
nuestra piedad en sus feroces pechos?
¿Si preso está y aun mi poder insulta,
qué esperaré si en libertad le dejo?
No mas, señor; si conservar quisiereis
sin mas alteraciones ese suelo,
dome el castigo su feroz orgullo;
ponga el rigor á su altivéz un freno.
Alvaro. Tello, atiende la suplica de un padre:
él es mi hijo; él es tu hermano.
Macoya. Cielo!
¡Hijo tuyo este vil! ¿Pues quién le ha dado
esa ferocidad? ¿Quién le hizo seno
de todas las maldades de los hombres?
Ah! no le deis el nombre de hijo vuestro,
si el de padre quereis que os dé Macoya.
Tello. Ya es en mí un crímen tanto sufrimiento:
y pues desprecias las piedades mias...
Elmira. Qué vais á hacer, Señor? no tantos hechos
de generosidad y de dulzura
borrais con un rigor: ved el despecho
de Macoya grabado en su semblante,

él es el que le ofusca este momento:
él es el que le dicta estas razones:
y él es quien hoy os le presenta reo.
Pero, señor, posee un alma llena
de los mas virtuosos sentimientos:
un alma agradecida, un alma digna
de vuestra compasion. Ah! sí, doleos
de su estado y el mio: acreditadme
vuestro amor, y en su nombre dulce y tierno,
su indulto me otorgad, que es la postrera
fineza que por él hacer espero.

Macoya. Qué haces, Elmira? Ah! hiera el fuerte rayo
los tristes ojos con que aquí te veo
humillada á los pies de este tirano!
Pese á mi vida si á tan alto precio
ha de comprarse, y pese á tu flaqueza
que dió tal vanagloria á ese soberbio.
¿Tan débil eres, ó tan poco amante
que no te atreves á insultar tu ceño
bajando con Macoya hasta el sepulcro?
Si tal place á los dioses, nada quiero
de tu mano cruel: vive tú sola
cubierta de un oprobio sempiterno:
vive unida á ese vil, vive llagada
del mas justo y atroz remordimiento:
y tú, sella mi muerte: no sus votos
en mi favor escuches lisongero,
pues si imprudente mi vivir dilatas,
sí, yo lo juro, el tuyo queda en riesgo.

Tello. No mas.

Sentándose á sentenciar.

Elmira. Señor....

Mozoco. Amigo...
Alvaro. Tello mio,
no con un golpe hieras tantos pechos.
Tello. Esto es preciso ya.
Alvaro. Mira mi llanto:
enjúgale esta vez: oye los ruegos
del paternal amor, y recompensa
con esta gracia todos los desvelos.
Tello. Cumplí con mi deber: este es el fallo;
cúmplase, obré en justicia y nada temo.

Se levanta, les da el papel y se va.

Alvaro. Hijo cruel!
Elmira. Jóven feroz!
Macoya. Ah, monstruo!
Alvaro. O, Macoya infeliz!
Cayendo en sus brazos.
Macoya. Padre, el aspecto
de la muerte no aterra á los mortales
que obraron bien: el inefable dedo
marcó el fin de mi vida y de mis males;
llegue, que en paz y sin temor le espero.
Me separa de ti: pero me deja
en cambio de esa pena, el bien supremo,
de que cierre mis párpados la mano
que yo bendigo y con ternura beso.
Elmira. O, dolor sin igual!
Macoya. Saber aguardo
cuál género de muerte sufrir debo.
Alvaro. Lee tú, Vargas, que el aliento mio
cerca está de espirar.

Vargas. Ya os obedezco. *Lee.*

»Perdono á Macoya, y quiero sea esposo de Elmira. — Tello.”

Alvaro. Dios mio!

Elmira. Es ilusion?

Mozoco. Qué es lo que escucho!

Macoya. Será verdad?

Vargas. Señor... *á Alvaro.*

Alvaro. Es cierto?

Vargas. Vedlo.

Alvaro. ¡O, momento el mas dulce de mi vida!

Quítale las cadenas.

O, Macoya! O, Elmira!... Ser supremo
de quien dimanan las acciones buenas,
yo te bendigo: sí, bendigo á Tello,
y su heroismo sin cesar bendigo.
Sí: tú mis canas honras, y en mi seno
el gozo celestial has derramado.
Corramos á buscarle, y á sus plantas
nuestra pura alegría celebremos.

ESCENA V.

Tello y dichos.

Tello. En las vuestras, señor, será mas justo
que vuele yo á mostraros mi respeto:
tú, Macoya, repara cuánto puede
la Religion divina en nuestros pechos:
ella me dió valor en este instante
para triunfar de mis rabiosos zelos,
de mi pasion, y de mi mismo orgullo:


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm